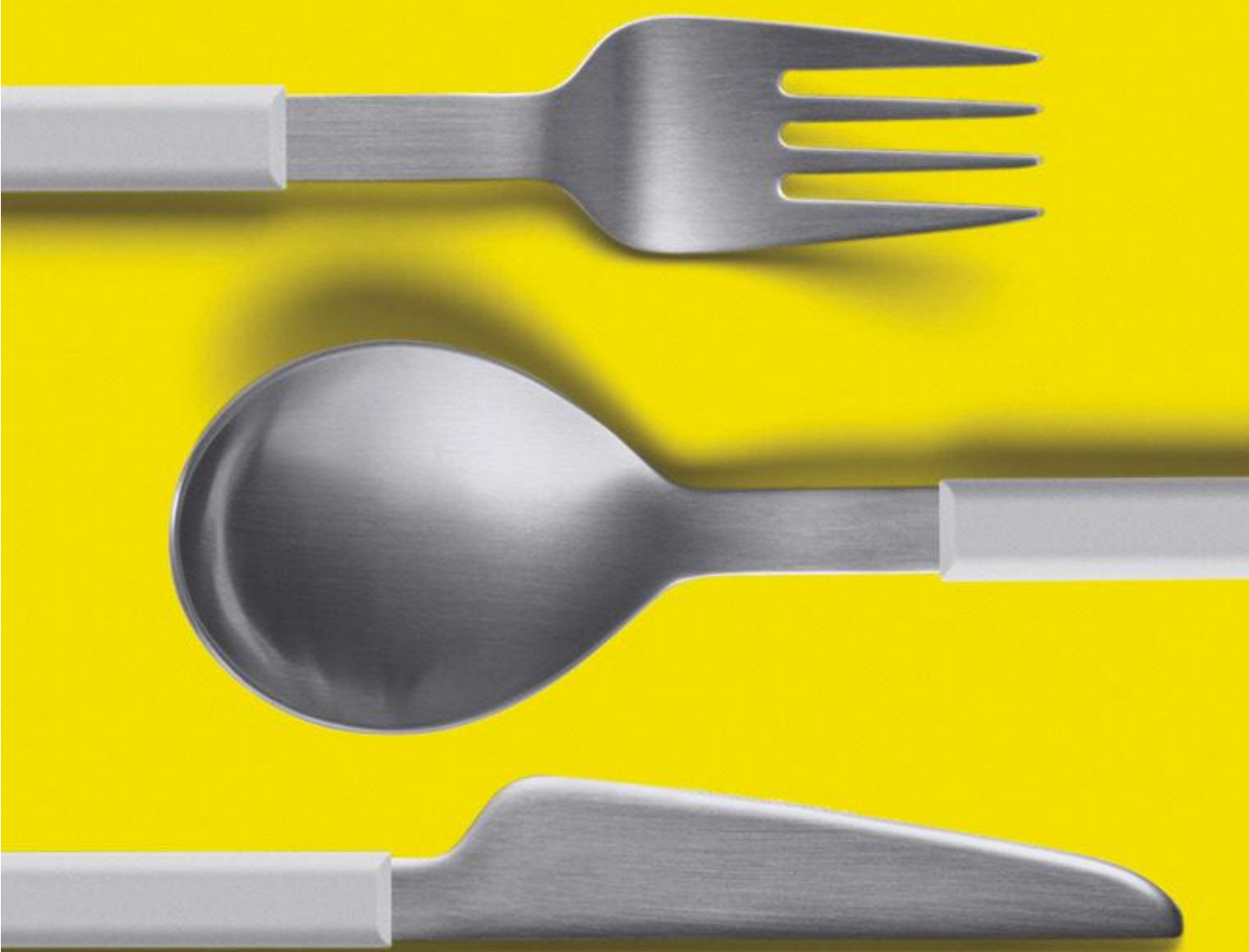


Luis Álvarez Munárriz,
Fina Antón y Cecilia Esteban (Eds.)

Alimentación humana: enfoque biocultural



ANTHROPOS

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN, <i>por Luis Álvarez Munárriz, Fina Antón y Cecilia Esteban</i>	5
--	---

ENFOQUE ANTROPOLÓGICO

Antropología y alimentación: ¿dos realidades?, <i>por Carmelo Lisón Tolosana</i>	11
El «diseño cultural» en antropología de la alimentación, <i>por Luis Álvarez Munárriz</i>	19
¿Seguiremos siendo lo que comemos?, <i>por Jesús Contreras</i>	43

ALIMENTACIÓN EN UN MUNDO GLOBALIZADO

¿Cuál es el futuro de la cocina solar?, <i>por Jeremy MacClancy</i>	67
Notas sobre alimentación y género en las sociedades modernas, <i>por Pedro Sánchez Vera</i>	99
Rompiendo tabúes: comer insectos en las sociedades occidentales desarrolladas. Análisis antropológico de la nueva tendencia alimentaria, <i>por Fina Antón Hurtado y Cecilia M^a Esteban Redondo</i>	115

BIOTECNOLOGÍA Y SEGURIDAD

Comer en tiempos de «crisis»: (in)seguridad alimentaria en la era de la <i>abundancia</i> , <i>por Mabel Gracia</i>	129
Conocimiento, interés y grado de acuerdo en el uso de la biotecnología en la producción de alimentos. Estudio comparado, <i>por Amaia Álvarez de Luis</i>	143
Imaginario culturales sobre la comida rápida, el cuerpo y la salud, <i>por Javier Eloy Martínez Guirao</i>	159

IDENTIDADES TRANSCULTURALES

Dieta atlántica, <i>por Manuel Mandianes</i>	177
Sabores del Perú en Bruselas: cocina típica, solidaridad y discursos sobre el desarrollo gastronómico, <i>por Carmen Núñez-Borja</i>	191
El juego de la ostra: discursos ambiguos sobre la acuicultura marina japonesa después del desastre, <i>por Duccio Gasparri</i>	219

UNA MIRADA RETROSPECTIVA

Patrimonio alimentario, <i>por Rafael Moreno Rojas, Luis M. Medina Canalejo y Alicia Moreno Ortega</i>	243
La antropología de la alimentación desde una perspectiva histórica, <i>por José Manuel Hernández Garre y Baldomero de Maya Sánchez</i>	255
AUTORES	267

LA ANTROPOLOGÍA DE LA ALIMENTACIÓN DESDE UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA

*José Manuel Hernández Garre
Baldomero de Maya Sánchez*

Introducción

El fenómeno de la alimentación no se limita al acto involuntario de la nutrición, sus raíces se prolongan mucho más allá de su dimensión biológica, encontrando diversos estatus de posibilidad desde la vertiente sociocultural. Como ya esbozará Marcel Mauss (1971 [1925]) el trasfondo último de la alimentación está en su potencial revelador de ciertas dinámicas culturales que desbordan su mera vertiente fisiológica, bromatológica u organoléptica. Lo que acontece en torno a este fenómeno no es simplemente un aporte calórico, sino todo un entramado simbólico en cierta medida refractario de la naturaleza de una sociedad concreta. Su carácter multifactorial nos retrotrae a la exégesis de factores tan variados como las formas de producción, distribución y manipulación de los alimentos, las ideologías, tabúes y costumbres que los acompañan, los rituales de consumo, o sus condicionantes económicos, políticos y ecológicos (Espeitx y Gracia, 1999).

Alimentarse supera, pues, los límites de lo vegetativo para instalarse de lleno en el plano del simbolismo social. Como apuntara Fischler (1995) la relación del ser humano con los alimentos esconde nociones de orden y regulación emanadas de su carácter orgánico, cognitivo y social. El acto de comer se convierte, en cierta medida, en un elemento estructurador del grupo, en un generador de estamentos categoriales dentro del entramado de interacciones mutuas. En este *habitus* gnoseológico sitúa Bourdieu (1988 [1979]) su aproximación al fenómeno alimentario como una proyección de estatus y clase social, como un determinante dicotómico que distingue entre comida necesaria, ligada a la clase obrera, y comida distinguida, para las clases acomodadas.

De la misma manera los alimentos son ligados culturalmente a lo mágico, a un principio de incorporación del alimento basado en nociones de purificación o contaminación. Realidad que no solo se vislumbra en el seno de lo que podríamos entender como sociedades preindustriales, sino que subyace al propio consciente colectivo de nuestras sociedades en las que también se habla de la contaminación a través de ciertos alimentos, y de la purificación por el medio de otros.

De otra parte están los análisis que vinculan la producción de alimentos a los complejos procesos económico-políticos, a su poder reflejo de la desigualdad social o a un proceso tecnológico que amenaza con acabar con la variedad ecológica en aras de una maximización del rendimiento. O los que lo ubican como un elemento de reproducción del sistema social, como una expresión de un entramado cultural concreto o como un elemento simbólico que solo se puede desentrañar desenmascarando sus categorías cognitivas subyacentes. El análisis cultural de la alimentación puede pues encontrar diversos enfoques de interpretación que pivotan entre su abordaje microsocioal, ligado al acto de comer, y sus implicaciones macrosociales en el marco de una sociedad de consumo.

En definitiva, los alimentos como expresión de la cultura han sido abordados desde perspectivas antropológicas muy diversas. Perspectivas que van desde los estudios de economía doméstica británicos o de la escuela de «cultura y personalidad» americana, a los enfoques funcionalistas, estructuralistas, sociológicos, materialistas, o más recientemente ecológicos o multidisciplinarios. Se trata de disímiles aproximaciones metodológicas y conceptuales que tratan de dar respuesta a las dimensiones sociales de la alimentación.

Alimentación y cultura a través de las escuelas antropológicas

Aunque quizás sea demasiado arriesgado plantear la sucesión de paradigmas dentro del campo de la antropología de la alimentación (Mennell, Murcott y Van Otterloo, 1992), sí que se puede afirmar que se ha abordado desde diferentes escuelas y enfoques disciplinares.

Ya desde finales del siglo XIX antropólogos como Smith (1889), Crawley (1902) y Frazer (1906) se plantean muchas de

las preguntas relacionadas con el consumo de alimentos, centrándose en aspectos rituales de la alimentación como el totemismo, el sacrificio o la comunión. Se pone el acento en elementos como las prescripciones o prohibiciones, intentando encontrar argumentos racionales para la supervivencia de ciertas costumbres alimentarias extrañas en el marco de la evolución de las instituciones sociales (Goody, 1982).

A partir de los años treinta la alimentación es abordada desde la antropología como un trabajo situado en el contexto político-colonial que pretende aprehender al otro. El trabajo de Audrey Richard, publicado en 1939 bajo el título de «Land, Labours and Diet in Northern Rhodesia», responde a esta necesidad de generar condiciones de cultivo rentables en las colonias. Margaret Mead seguiría esta estela de una antropología unida a las demandas externas fundando en 1941 el «Comité sobre Hábitos Alimentarios», su objetivo fue buscar solución a los problemas alimentarios relacionados con el hambre y la escasez generados por la Segunda Guerra Mundial. Tras el giro antropológico que supuso la moderna antropología aplicada el foco dejaría de ponerse en el contexto del otro, o en las demandas externas a la disciplina, para fijarse en el análisis de los problemas humanos contemporáneos, en las demandas internas de su propio cuerpo teórico y metodológico.

En el marco de esta reflexión sobre el fenómeno de la alimentación se suceden los diferentes enfoques que responden a las diferentes sensibilidades de las escuelas antropológicas. Enfoques que pretendemos abordar en este capítulo.

Abordaje funcionalista

El nudo gordiano de la alimentación se encuentra para la corriente funcionalista en su papel como instrumento básico de socialización de los individuos, en su función perpetuadora del sistema. Las coordenadas en las que se inscriben las investigaciones funcionalistas parten del estrecho vínculo entre la percepción, búsqueda y consumo de los alimentos y su función social.

Entre los estudios funcionalistas de la alimentación destaca el ya citado trabajo de Audrey Richards (1939). La antropóloga británica pone el énfasis en el contexto social y psicológico en el

que tiene lugar la producción, preparación y consumo de los alimentos. La alimentación se convierte desde su perspectiva en un proceso biológico fundamental que, por delante de otros elementales como la sexualidad, determina la naturaleza de los grupos sociales y sus actividades. Principio que comparte también Radcliffe-Brown (1948) que, al etnografiar a los habitantes de las Islas Andaman, sitúa la búsqueda de la comida como la actividad capital que estructura la ritualidad social.

La perspectiva funcionalista pretende hacer un vaciado de todas las interacciones sociales relacionadas con la alimentación, haciendo hincapié en como los modos alimentarios significan dichas relaciones. Los alimentos cubren necesidades biológicas y sociales, aspectos que desde esta corriente se tienden a representar como procesos inmanentes, si bien todavía se da autonomía a lo social frente a investigaciones posteriores que pondrán el foco en las interacciones mutuas de ambas dimensiones (Fischler, 1995).

Desde esta corriente se pone, pues, el interés en el papel de la alimentación como elemento estructurador de lo social. Este estatismo ha llevado a que esta perspectiva sea principalmente criticada por su ahistoricismo y pretensiones de objetividad.

Las perspectivas de la escuela de «cultura y personalidad»

La antropología norteamericana muestra un menor interés por el estudio de la alimentación, inscribiendo el abordaje de esta temática en trabajos más amplios pertenecientes a la escuela de «cultura y personalidad». Desde esta escuela se pone el foco de atención en el estudio de las diferentes perspectivas culturales sobre la comida y en como éstas afectan a las relaciones sociales. Los estudios de entreguerras se centran sobre todo en los aspectos psicomotivacionales de la comida, abordando temáticas como la abstinencia, los atracones rituales, la ansiedad o las frustraciones alimentarias (Messer, 1984).

Será después de la II Guerra Mundial, con la fundación por parte de Margaret Mead del ya nombrado «Comité sobre Hábitos Alimentarios», cuando el enfoque cobre un giro más instrumental. En este contexto Mead, junto a Wilson y Warner, colaborarán en programas de iniciativa estatal con el objetivo de investigar las costumbres alimentarias de los estadounidenses, y así optimizar mejor los recursos ante las escaseces de postguerra. El

interés se centro en conocer la dinámica de uso de alimentos de determinadas comunidades, incidiendo en ciertas modificaciones de la dieta y en el racionamiento de la misma (Mead, 1971).

En esta época surgen también ciertas investigaciones centradas en los hábitos alimentarios de grupos étnicos inmigrados (Levenstein, 1988), difundiéndose el uso de conceptos como «modos de comer» que reflejan indicadores de posición en el marco de los sistemas socioeconómicos. Sin embargo, no será hasta la década de los setenta, con la llegada de la antropología simbólica y la perspectiva ecológica, cuando se produzca la gran expansión de los estudios de alimentación en el contexto norteamericano (Pelto, 1988).

Las aportaciones estructuralistas

Con el estructuralismo la antropología de la alimentación tiende a centrarse en el descubrimiento de las estructuras profundas del pensamiento que subyacen al fenómeno alimentario (Lévi-Strauss, 1992 [1958]). Se trata de acceder a los principios immanentes que se encuentran tras el hecho de comer, a las estructuras y unidades básicas culinarias que se esconden tras el mismo.

En esta línea, influido por los avances de la lingüística estructural, Lévi-Strauss se aproxima al estudio de la comida desde la propuesta de que si es «bueno para pensar, entonces es bueno para comer». El postulado inicial es la comprensión del acto de comer como un universal que opera en todas las sociedades humanas, universal regido por leyes a las que se accede desde la categorización culinaria, desde el establecimiento de unidades funcionales mínimas o «gustemas» que cobran sentido desde su contrastación mutua. Partiendo de estas premisas se sitúan sus estudios de oposición binaria entre los aspectos culinarios esenciales de la cocina francesa versus británica, o su doble oposición entre cultura/naturaleza y elaborado/no elaborado que le permite examinar la cocina como transformadora de la naturaleza, en el sentido de que lo cocido u elaborado se asimila con la transformación cultural, mientras lo crudo o no elaborado con la transformación natural (Lévi-Strauss, 1968).

El enfoque estructuralista ha sido criticado desde diferentes perspectivas, sobre todo por las limitaciones que conlleva la apli-

cación de la lingüística y su eterna búsqueda de las estructuras profundas al fenómeno de la alimentación. Cargas de profundidad conceptual que pueden dificultar la visualización de causas más instrumentales que también moldean y transforman las culturas alimentarias (Goody, 1982). El problema estriba en la tendencia a otorgar excesiva autonomía a los elementos estructurales, o a las explicaciones culturales, del fenómeno alimentario en oposición a otras variables de orden biológico, económico o histórico.

Contribuciones de la antropología simbólica

Desde la perspectiva simbólica gana mayor peso la variabilidad de los comportamientos frente a la búsqueda de principios universales de la alimentación. El interés se fija en el análisis de los símbolos que hay detrás de las conductas y preferencias alimentarias de base cultural.

En esta línea se sitúan los estudios de la antropóloga británica Mary Douglas (1973) que, partiendo de aspectos biológicos de la alimentación, acaba poniendo el énfasis en el carácter expresivo de la misma. Desde esta premisa, e igual que hiciera Barthes (1961), señala que las comidas se instituyen en un sistema de comunicación, en una especie de secuencia de costumbres que representan la estructura social. Las causas de las conductas alimentarias hay que buscarlas en elementos arbitrarios o en representaciones simbólicas que determinan las restricciones del hecho alimentario.

En el trabajo de Douglas se dejan ver tanto las influencias funcionalistas, en el sentido de que sitúa la comida como parte de la organización social, como las estructuralistas, al insistir en el carácter sintáctico y estructural de las comidas como secuencia de actos a lo largo de los días, semanas y meses. Pero por encima de estas influencias destaca el papel que para la autora tienen los elementos simbólicos en la comprensión de las causas profundas de las fobias y filias implicados en el acto de comer.

Propuestas de la sociología francesa

Si bien no estamos ante una escuela propiamente dicha de la antropología, el posmodernismo sociológico francés ha otor-

gado toda una serie de contribuciones muy interesantes para la comprensión de las dimensiones socioculturales de la alimentación. Contribuciones que se han centrado en el estudio del consumo de alimentos y de los gustos por los mismos como elemento diferenciador de clase social.

En esta línea Pierre Bourdieu (1988 [1979]) considera que la imitación de gustos es una estrategia social cuya finalidad es marcar diferencias afirmativas de distinción de clases. Ciertos patrones alimentarios ligados a la ostentación se asociarían con el prestigio social sirviendo de catalizadores en el ascenso social. La alimentación serviría, pues, para significar ciertas jerarquías sociales simbolizado a su vez el desplazamiento entre ellas.

Por su parte Claude Fischer (1995) apunta que las variaciones alimentarias se pueden también producir en un sentido horizontal, es decir, entre iguales, por lo que no tienen porque responder siempre a una representación del orden jerárquico, ni estar relacionadas con una distinción de interclases. El ser humano necesita razonar y racionalizar la alimentación para darle coherencia categorial, cumpliendo la alimentación una doble función: como elemento estructurado, lo que responde a la necesidad de representarla mentalmente con un orden determinado, y como elemento estructurante, al funcionar como un principio socializador y clasificador del colectivo.

Desde estas aproximaciones la alimentación cobra importancia como elemento de determinación de clase o estatus, pero también como un ingrediente categorizador que necesita ser pensado para alcanzar un estatus determinado de representación mental. El enfoque de la sociología francesa se sitúa, en cierta medida, en las mismas coordenadas que las aproximaciones estructuralistas, eso sí añadiendo *ad hoc* la función del alimento como elemento diferenciador de clase social.

La aproximación del materialismo cultural

Para esta escuela los condicionamientos sociales de la alimentación han de explicarse en términos materialistas. Son las circunstancias ecológicas, económicas, nutricionales o contextuales las que determinan los consumos alimentarios, imponiéndose aquellos compartimientos que presentan una relación coste-beneficio más favorable.

En consonancia con estos postulados el antropólogo norteamericano Marvin Harris (1989) insiste en la importancia de comprender los fundamentos prácticos de la optimización de la alimentación como un proceso ecosociocultural. Partiendo de una perspectiva antiestructuralista y unidireccional señala que la comida tiene que satisfacer primero el estómago, y después la mente humana, postura en consonancia con su premisa: «si es bueno para comer, entonces es bueno para pensar». Las necesidades biológicas precisan lo que se ha de comer, pero éstas, a su vez, se fundamentan en actos de la costumbre y la tradición que expresan las necesidades de gestión óptima de los productos comestibles, generando una especie de economía orgánica de la nutrición.

Otros integrantes de esta escuela, como Goody (1982), Men-nell (1985) o Mintz (1985), plantean el análisis de la alimentación al margen del debate materista-culturalista para hacer hincapié en el contexto en el que se produce. En esta línea hay que prestar atención al espacio temporo-espacial y a la reconstrucción histórica que enmarca los hábitos alimenticios. La alimentación no puede, pues, substraerse del sistema sociocultural en el que se inscribe, cobrando especial relevancia las configuraciones socioeconómicas que enmarcan los procesos de producción, distribución, preparación y consumo. De esta manera, no se puede subestimar los factores externos que influyen en el aprovisionamiento y transformación de los alimentos si se quieren comprender los aspectos que los constriñen. Elementos como el reparto de poder, la autoridad, el sistema de estratificación social o la división del trabajo se convierten en mecanismos capitales si se quieren comprender los condicionamientos alimentarios. La contextualización socioeconómica y cultural de los patrones de consumo es, pues, la piedra angular para comprender las principales dinámicas seguidas por los grupos sociales en esta materia.

En síntesis el acto de comer no se circunscribe desde estas perspectivas al análisis de las categorías mentales subyacentes, muy al contrario está condicionado por los condicionamientos materiales y contextuales que lo determinan.

Enfoques ecológicos

Los estudios ecológicos sobre alimentación constituyen una perspectiva positivista arraigada en los principios de la ciencia

moderna, pero que busca una simbiosis entre los conocimientos nutricionales y antropológicos. Estamos ante una serie de investigaciones (Pelto, 1988; Gross y Underwood, 2009) que problematizan la relación entre alimentación, nutrición y salud, partiendo de la contrastación de los diferentes hábitos dietéticos en coordenadas de costo energético. El objetivo es estudiar la dimensión cultural de la alimentación involucrando en su análisis indicadores tecnológicos, productivos y nutricionales (Carrasco, 2007). Se trata de incorporar los factores propios del contexto ecológico, alimentario y social sin renunciar por ello al enfoque empírico. En definitiva, de tener en cuenta los resultados y métodos del análisis nutricional sin deslegitimar el estudio cultural de la alimentación.

La novedad está en añadir la perspectiva evolutiva e histórica, y el interés por la relación entre el comportamiento alimentario y las condiciones culturales y medioambientales, al estatus nutricional de los seres humanos. De esta manera, la antropología de la nutrición se embarca en la realización de investigaciones multidisciplinarias en las se combinan las perspectivas más positivas con los análisis de calado más antropológico, sumando esfuerzos para descifrar los impactos de las nuevas tecnologías productivas, en el marco de los contextos sociales donde se inscriben los procesos alimentarios.

Hacia un abordaje multidisciplinar

La complejidad del fenómeno alimentario ha llevado en los últimos años a un enfoque multidisciplinar con el objetivo de no caer en reduccionismos ontológicos que quieran explicar el todo desde un solo ángulo. Los abordajes múltiples pretenden abarcar un amplio espectro en el que se incluyen investigaciones médicas, biológicas, bromatológicas, dietéticas, nutricionales, psicológicas, económicas, políticas, ecológicas, sociológicas y, cómo no, antropológicas.

Sobre la base de la triangulación se busca una comprensión global de la alimentación en la que cada una de las disciplinas aporte luz desde su propia aproximación metodológica. Se busca una coordinación de estudios multidisciplinarios donde se pueda dar cobertura en una misma investigación a las dimensiones positivas y sociológicas de la alimentación. Un ejemplo de

ello es la simbiosis antes señalada que se da dentro del enfoque ecológico entre la perspectiva nutricional y la antropológica.

En definitiva, se podría decir que la complejidad de la alimentación inhibe de la exclusión de perspectivas, por lo que cualificación y cuantificación, objetividad y subjetividad, generalidad y singularidad deben formar parte de la aproximación epistemológica de los análisis (Espeitx y Gracia, 1999; Carrasco, 2007). Se valida así una mirada múltiple que permita aprehender la naturaleza multidimensional que tiene este objeto de estudio.

A modo de conclusión

La alimentación constituye una realidad compleja y multidisciplinaria cuya comprensión precisa de un abordaje flexible que aúne las miradas de las distintas disciplinas implicadas en su estudio. En este sentido, los planteamientos más positivistas de las perspectivas nutricionales o bromatológicas se pueden maridar también con los abordajes más culturalistas del enfoque socioantropológico.

Pero la multidimensionalidad de la alimentación también afecta a su comprensión desde una aproximación metodológica concreta, y de ello dan cuenta las múltiples interpretaciones que ha recibido a lo largo de las diferentes escuelas antropológicas. Exégesis que la ha llevado a ser interpretada como un elemento proyector de la evolución de las instituciones sociales, como un instrumento básico de socialización que sirve para perpetuar el sistema, como un fenómeno al que solo se accede desde el descubrimiento de sus estructuras profundas subyacentes, como una realidad cultural determinada por su capacidad simbólica, como una elemento colectivo de estratificación y movilidad entre clases sociales, como una realidad material determinada por las circunstancias biológicas, ecológicas, económicas o contextuales, o finalmente como un fenómeno nutricional inmanentemente unido a ciertas categorías culturales, evolutivas e históricas.

La interpretación cultural de la alimentación no ha escapado, pues, a las diferentes sensibilidades antropológicas, pivotando sus interpretaciones desde lo conceptual hasta lo material. En este sentido ha sido concebida como una expresión del pensamiento humano, pero también como una realidad material y contextual. Sea como sea lo que queda claro es que el acto de

comer trasciende la simple nutrición, sobrepasa su dimensión de necesidad biológica de subsistencia, situándose como un elemento cultural de expresividad, como un mecanismo de comunicación instalado en el núcleo mismo del entramado de interacciones mutuas de los grupos sociales.

Bibliografía

- BARTHES, R. (1961): «Pour une psycho-sociologie de l'alimentation contemporaine», *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*. París, 16e année, 5, pp. 977-986.
- BOURDIEU, P. (1988 [1979]): *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid: Taurus.
- CARRASCO, N. (2007): «Desarrollos de la antropología de la alimentación en América Latina: hacia el estudio de los problemas alimentarios contemporáneos», *Estudios Sociales*, 30(16): 81-101.
- CRAWLEY, A.E. (1902): *The mystic rose: A study of primitive marriage*, Londres: Macmillan.
- DOUGLAS, M. (1973): *Pureza y peligro*, Madrid: Siglo XXI.
- ESPEITX, E. y M. GRACIA (1999): «La alimentación humana como objeto de estudio para la antropología: posibilidades y limitaciones», *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 19: 137-152.
- FISCHLER, C. (1995): *El (h)omnívoro. El gusto, la cocina y el cuerpo*, Barcelona: Anagrama.
- FRAZER, J. (1906): *The Golden bough*, Londres: Macmillan.
- GOODY, J. (1982): *Cooking, cuisine and classes*, Cambridge: Cambridge University Press.
- GROSS DANIEL, R., C. UNDERWOD y A. BARBARA (2009): «Technological Change and Caloric Costs: Sisal Agriculture in Northeastern Brazil», *American Anthropologist*, 73(3): 725-740.
- HARRIS, M. (1989): *Bueno para comer. Enigmas de alimentación y cultura*, Madrid: Alianza Editorial.
- LEVENSTEIN, H. (1988): *Revolution at the Table. The Transformation of the American Diet*, Nueva York y Oxford: Oxford University Press.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1992 [1958]): *Antropología estructural*, Barcelona: Paidós.
- (1968): *Mitológicas I. Lo crudo y lo cocido*, México: Fondo de Cultura Económica.
- MAUSS, M. (1971 [1925]): «Ensayo sobre los dones. Razón y formas de cambio en las sociedades primitivas», en *Antropología y Sociología*, Madrid: Tecnos, pp. 155-273.
- MEAD, M. (1971): *Contextos culturales de las pautas de nutrición. La antropología y el mundo contemporáneo*, Buenos Aires: Siglo XXI.

- MENNELL, S. (1985): *All manners of food*, Oxford: Basil Blackwell Ltd.
- , A. MURCOTT y A. VAN OTTERLOO (1992): *The Sociology of Food: Eating, Diet and Culture*, Londres: Sage.
- MESSER, E. (1984): «Anthropological perspectives on diet», *Annual Review of Anthropology*, 13: 205-249.
- MINTZ, S.W. (1985): *Sweetness and Power: The place of sugar in Modern History*, Nueva York: Viking Penguin Inc.
- PELTO, G. (1988): «Tendencias de la investigación en antropología nutricional», en *Carencia alimentaria. Una perspectiva antropológica*, Barcelona: Serbal, pp. 45-64.
- RADCLIFFE-BROWN, A.R. (1948): *The Andaman Islanders*, Glencoe: Free Press.
- RICHARDS, A. (1939): *Land, Labour and Diet in Northern Rhodesia*, Londres: Oxford University Press.
- SMITH, W.R. (1889): *Lectures on the religion of the semites*, Londres: A. & C. Black.